XII. Lo bueno

1. El significado de "bueno", revelado por sus usos

"Bueno" es una de las palabras más sobrecargadas de nuestro lenguaje. Pocas palabras son más utilizadas, o en una mayor variedad de contextos. Hablamos de buenas personas y buenos animales, buenos pensamientos y buenos actos, buenos libros y buenas herramientas, buen clima y buena comida; y, cuando deseamos expresar aprobación o asentimiento, a menudo exclamamos concisamente "¡Bueno!" Una peculiaridad adicional de esta palabra es que parece imitar, o al menos expresar, el carácter de la persona que la profiere; de modo que, en general, quienes la usan mucho son compañeros placenteros, mientras que nos inclinamos a evitar a aquellos que dicen "bueno" muchas menos veces que "malo" o algún otro de sus antónimos. Sin embargo, a la persona franca y honesta a veces le es repulsiva la naturaleza demasiado complaciente de alguien que siempre encuentra todo bueno y nada malo; pues tal persona parece carecer de carácter y no tener estándares o preferencias propias. Esta peculiaridad de revelar el temperamento del que habla vincula el uso de la palabra "bueno" con un juicio moral, lo cual invariablemente nos dice algo del carácter de la persona que lo realiza. Cada enunciación de la palabra "bueno", incluso la más descuidada y fugaz, especialmente si hace referencia a seres sensibles y a sus dificultades, es un juicio moral más o menos espontáneo mediante el cual quien habla revela su opinión sobre aquello a lo que la aplica.

Esta palabra que usamos tan a menudo, a veces tan conmovidamente pero la mayoría de las veces tan acríticamente, es excesivamente difícil de definir. Casi siempre es una expresión de aprobación, lo cual es un estado afectivo; ¿pero posee además de esta función un significado conceptual determinado? ¿Podemos detectar una significancia inherente en la multitud de ocasiones en que aparece? En particular, ¿cuál es el status de la palabra en ética, donde, usada para denotar la meta de todo el esfuerzo moral, a veces es, sin embargo, declarada indefinible?

Primero, debemos considerar cómo los humanos aplicamos este adjetivo a otros de nuestra propia especie. En un distrito rural, un "buen vecino" es alguien con quien podemos vivir sin roces, alguien que de vez en cuando nos presta sus herramientas, o a quien podemos pedir ayuda en una emergencia. Un mal vecino nos infesta con sus animales, disputa las fronteras de las propiedades, y rechaza asistirnos cuando es más necesario. A veces sucede que la misma persona será llamada buena por un vecino y marcada como mala por otro; y en tales casos nos recompensará investigar de cerca la naturaleza de las relaciones entre las distintas partes. El que llama a esta persona un buen vecino se lleva bien con él; pero el otro, que lo considera malo, riñe con él.

¿Debemos suponer que esta persona, clasificada ya como buena ya como mala, altera completamente su carácter al caminar del límite oriental al límite occidental de su granja? ¿Por qué no debe llevarse tan bien con uno de sus vecinos como con el resto? Posiblemente el error yace amplia o totalmente en el vecino que

lo llama "malo". Esto es lo más probable; pues cuando las personas simples e irreflexivas aplican el término "bueno" o "malo" a otro, a lo que se refieren no es más que al tipo de relación que prevalece entre esta segunda persona y ellas. Cuando alguien llama a otro "bueno" y otro lo llama "malo", usualmente podemos descubrir razones válidas para estos juicios diversos; y sin embargo es obvio que no se aplican al carácter intrínseco de la persona, el cual difícilmente puede ser simultáneamente bueno y malvado, sino a sus relaciones con los demás, las cuales pueden ser por un lado cordiales y por otro amargas. Con la frase "un buen hombre" la mayoría de las personas no quiere decir más que alguien cuyas relaciones con el que habla son amistosas o armónicas.

Incluso la evaluación más desinteresada del carácter de una persona se lleva a cabo aplicando el mismo criterio, pero ahora desde un punto de vista impersonal en lugar de egoísta. ¿Cómo decidimos si una persona es buena o mala sino examinando sus relaciones con su familia, sus vecinos, sus animales, su tierra? Incluso en el juicio final, ante un tribunal divino, tal como fue concebido por los antiguos egipcios y por muchas religiones posteriores, la investigación sin duda se interesaría casi totalmente por las relaciones del enjuiciado con sus iguales, y las preguntas restantes darían cuenta de su conducta hacia los dioses. Si buscamos un criterio de valor moral que no sea nuestro comportamiento hacia las personas y las cosas que nos rodean, no encontraremos ninguno excepto el de consistencia interna o constancia del carácter. Esta es, a mi juicio, una cualidad sumamente importante, muy a menudo subestimada; pero, como apuntó Paton, un ladrón o un asesino puede ser impulsado por una voluntad tan coherente en sí misma como la de un buen ciudadano; y si fuera éste nuestro único criterio, sería concebible que el ladrón o el asesino fuera clasificado muy alto en la escala moral¹. Para evitar esta dificultad necesitaríamos considerar. primero, las relaciones de esta persona con los seres a su alrededor, para decidir si todo su carácter está en concordancia con su conducta.

En nuestras evaluaciones de las habilidades prácticas de las personas, aplicamos los adjetivos "bueno" y "malo" casi de la misma manera que en nuestros juicios éticos. Oímos que este hombre es un buen soldado pero un ejecutivo deficiente; sobre otro, que es un buen lingüista pero un matemático deficiente; sobre un tercero, que es un buen padre pero un mal hombre de negocios. ¿Qué implicamos con estas caracterizaciones sino la suficiencia del hombre en situaciones determinadas, la naturaleza de sus relaciones en alguna esfera u ocupación particular? Aquí, de nuevo, la palabra "bueno" implica relaciones armónicas.

Así como con las personas, también con cosas y situaciones. Para los niños ansiosos de llevar a cabo un picnic, el sol brillando en un cielo despejado es un "buen tiempo"; pero para el granjero que ansiosamente espera un chaparrón que reviva sus resecas siembras, ese mismo sol es "muy malo". La comida es buena si satisface nuestro apetito y nos sustenta; y como es verdad eso de que la comida de uno es el veneno de otro. el mismo plato puede justamente ser caracterizado como bueno o malo, de acuerdo con quien hable. Lo bueno de una herramienta depende de lo que estemos tratando de lograr; si un asistente estúpido le da a un carpintero un serrucho cuando lo que necesita con urgencia es un cincel, podría exclamar petulantemente "¡Esto no es bueno!", aunque de hecho sea la mejor sierra de su caja de herramientas.

Se ha hecho evidente que lo bueno de cualquier objeto no es inherente a la cosa misma, sino que depende de cuán bien pueda satisfacer una necesidad definida o adecuarse armónicamente a una situación dada. De allí la sabiduría del viejo refrán: no deseamos una cosa porque sea buena, sino que es buena porque la deseamos, es decir, porque satisface los requerimientos de una situación particular.

Schopenhauer, quien en mi opinión estaba a menudo equivocado, estaba en lo correcto cuando declaró que el concepto de lo bueno es esencialmente relativo, y significa la conformidad de un objeto a cualquier esfuerzo definido de la voluntad². Dado que lo bueno no es intrínseco al objeto, no podría ser bueno hasta que empecemos a pensar en él en algún contexto particular. Si somos suficientemente filosóficos o desinteresados,

LO BUENO 187

podemos considerar su adecuación a alguna situación ideal distante de nuestros deseos y necesidades egoístas; pero la mayoría de nosotros llama a las cosas buenas o malas desde un punto de vista más inmediato y personal.

Ya debería estar claro por qué el uso de la palabra "bueno" o su opuesto revela el carácter de quien habla. Cada una de estas palabras denota una relación que al menos debe tener dos términos, uno de los cuales casi siempre es la persona que habla. Si llamo a un vecino "malo", usualmente significa que estamos en desacuerdo; la culpa puede ser suva, mía, o de ambos, y sólo un juez imparcial podría decidir al respecto. Un padre que se queja de que sus hijos son malos, a menudo sin quererlo está acusándose a sí mismo o a su esposa; pues, en general, los buenos padres tienen buenos hijos, aunque la historia registra algunas excepciones notables, las cuales pueden atribuirse a accidentes de la herencia. Un buen maestro tiene mucho mayor probabilidad de tener buenos alumnos que uno incompetente. Un buen obrero usualmente tiene buenas herramientas, pues sabe cómo seleccionarlas y cuidarlas; y alguien que constantemente se queje de la inadecuación de sus herramientas revela sus propias deficiencias. Así, también, un buen jinete generalmente alaba a su corcel; mientras uno que abusa de su caballo revela su propia incompetencia ecuestre más frecuentemente que los defectos del pobre animal, el cual no puede decir nada para defenderse. La persona que encuentra mucho bien en la gente y en las cosas a su alrededor, o en el mundo en general, muestra su capacidad para establecer relaciones satisfactorias con una variedad considerable de personas y situaciones; pero alguien que condena prácticamente todo lo que encuentra, confiesa estar desentonado con el mundo, y el error bien puede ser suyo.

Tal como es usada comúnmente por personas que no pretenden ser filósofas, la palabra "bueno" denota un tipo particular de relación y no una cualidad intrínseca de las cosas designadas, aunque la tendencia natural de la mente humana a hipostasiar sus conceptos puede confundir en esto a quien la usa. Ser bueno significa estar en concordia con, ser congruente con, o ser adecuado para el propósito de, alguna otra enti-

dad. Por lo tanto, lo bueno es un modo de armonía, como la verdad, la belleza y la amistad. El concepto de lo bueno es más amplio y menos específico que el de estos otros tres, y parece casi incluirlos: un verdadero amigo siempre es alguien que estimamos como un buen hombre; una bella pintura es buena; y la verdad, incluso cuando es desagradable, de alguna manera parece ser buena.

Este significado común de la palabra "bueno" es, como veremos, adecuado para la ética, la cual se interesa por las condiciones del establecimiento de relaciones armónicas entre los seres vivos. Si lo bueno fuera una cualidad intrínseca de las cosas en lugar de una relación entre ellas. podríamos tomar posesión de ello adquiriendo objetos en los cuales fuera inherente, así como acumulamos oro o alguna otra propiedad; pero no podemos hacernos buenos sino en el sentido de hacernos más coherentes en nosotros mismos. En este caso, hacerse bueno no podría significar establecer relaciones más armónicas con otros seres: pues tales relaciones son obviamente externas, aunque dependen de cualidades intrínsecas. El gran propósito del esfuerzo moral es hacerse bueno en lugar de tener lo bueno, alcanzar relaciones satisfactorias con quienes nos rodean en lugar de adquirir cierto tipo de propiedad.

Se sigue de esto que en gran medida no tiene sentido llamar "buena" a una entidad aislada v simple. Para decidir si algo es bueno debemos considerarlo en relación con otra cosa, ya sea que esta segunda entidad exista o sea ideal. Si, de todos modos, el objeto aislado es compuesto, sus partes pueden estar más o menos armónicamente combinadas, y podemos decir que es más o menos bueno en el sentido de ser más o menos integrado o coherente. Las partes serán buenas o malas en las relaciones que tengan entre sí; pero la entidad aislada compuesta de esta forma no podría ser, en rigor, buena o mala, pues no habría un segundo término gracias al cual pudiera establecerse una relación. El universo, en cuanto totalidad de entidades interactuantes, es por definición un sistema aislado; por lo tanto, llamarlo bueno o malo significa algo muy distinto de decir que una persona o una herramienta es buena. En el primer caso, nos referimos únicamente a sus relaciones

internas, y queremos decir que un gran nivel de armonía existe entre sus partes; en el segundo caso, por definición queremos decir que las relaciones externas de la persona son armónicas. "Nada es bello o bueno en sí mismo."

2. "Bueno" no es una noción indefinible

Dado que la misma cosa puede ser buena en un contexto y mala en otro, es obvio que lo bueno no es una cualidad intrínseca sino una propiedad relacional de la cosa en cuestión. Y es igualmente obvio que este carácter de bueno depende de cualidades intrínsecas. Lo bueno de un hacha es diferente del temple de su acero; pues éste acompaña al hacha donde quiera que vaya, pero el hacha, que es buena en manos de un leñador experto, es, excepto como artículo de mercado, inútil para un vendedor que no sabe cómo utilizarla. Sin embargo, dado que lo bueno del hacha depende de la calidad de su acero, por las leyes de la asociación llegamos a decir que su carácter de buena consiste en eso. Similarmente, lo bueno de un hombre se diferencia de su carácter, pues el mismo hombre, sin cambiar su carácter, puede vivir en armonía con algunos de sus vecinos y reñir con otros, mostrando por un lado bondad y maldad por otro. Y sin embargo lo bueno de un hombre depende de su carácter, y mientras más excelente se haga éste, más patentemente mostrará su bondad al habitar en armonía con todos los seres; de allí, por asociación, hablamos de un buen carácter. Similarmente, la voluntad, que no es una entidad sino meramente un acto mental que no puede entrar en relaciones con cosas externas, no es, hablando en rigor, buena ni mala; y cuando hablamos de una "buena voluntad" sólo nos referimos al carácter prevaleciente de una persona cuyas voliciones tienden a incrementar la bondad o la armonía en el mundo. Si queremos ser precisos en nuestro lenguaje, no deberíamos decir una "buena voluntad", sino una "voluntad benevolente" (que desea el bien), y no una "mala voluntad" sino una "voluntad malevolente" (que desea el mal).

Nuestra conclusión —según la cual "bueno", tal como es empleada en el lenguaje común y como debería ser empleada en ética, se refiere no a alguna propiedad intrínseca de las cosas o situaciones sino a sus relaciones externas— está en oposición directa a doctrinas mantenidas desde hace mucho por filósofos europeos y apoyada ahora por la escuela ética del Valor Realista. G. E. Moore, uno de los seguidores más importantes de esta concepción, escribió: "Mi punto es que "bueno" es una noción simple, así como "amarillo" es una noción simple; que, así como no se puede, por ningún medio, explicarle a alguien que no lo conozca de antemano lo que es el amarillo, así tampoco se puede explicar qué es lo bueno. Las definiciones del tipo al que me refería, definiciones que describan la verdadera naturaleza del objeto o noción denotada por una palabra, y que no se reducen a decirnos lo que la palabra acostumbra significar, sólo son posibles cuando el objeto o noción en cuestión es algo complejo."3 Esta interpretación del significado de "bueno" parece haber surgido como reacción contra la muy estrecha definición de los filósofos del siglo diecisiete como Spinoza o Locke, quienes identificaban lo bueno (en palabras de Spinoza) con cualquier tipo de placer y todo lo que condujera al placer, y lo malvado con el dolor y sus causas⁴. La interpretación de Moore es obviamente incompatible con nuestra concepción de que "bueno" se refiere a una clase peculiar de relación; pues, como aprendimos en nuestra previa discusión sobre lo correcto y lo incorrecto, las relaciones invariablemente son analizables de acuerdo con al menos dos relata y la conexión entre ellos, y usualmente es posible transmitir la noción de esta compleja situación a otro ser inteligente que no la haya experimentado directamente.

Pero también hemos reconocido que aunque lo bueno no es en sí mismo una cualidad intrínseca, depende de las cualidades intrínsecas o constitución interna de la entidad que llamamos "buena". ¿No podría haber alguna cualidad peculiar común a todas esas entidades, y no podría ser esto lo que Moore tenía en mente cuando se refirió a "bueno" como una noción simple, no analizable? Cuando pensamos en que, de acuerdo con las circunstancias, aplicamos este adjetivo a cosas tan diversas como el fuego y el agua, los animales y los vegetales, la luz y la oscuridad, los

LO BUENO 189

alimentos deliciosos y las nauseabundas medicinas, y a estructuras inmóviles y vehículos que se mueven rápidamente, es difícil imaginar qué puede ser esta cualidad intrínseca igualmente presente en todo lo que de vez en cuando llamamos "bueno".

Sin duda, nuestras experiencias de lo bueno están coloreadas por tonos afectivos, pero también éstos parecen ser tan variados como las situaciones en las que se reconoce lo bueno. Estos estados afectivos que acompañan la experiencia de lo bueno son tan diversos que parece imposible descubrir una cualidad común a todos. Es muy diferente nuestra emoción al estar en presencia de una persona verdaderamente justa y benévola, de los sentimientos suscitados en nosotros por una fruta deliciosa o una herramienta excelente, y sin embargo espontáneamente llamamos "buenas" a todas estas cosas. Uno se pregunta cómo llegó la gente a aplicar el mismo adjetivo a situaciones y objetos tan diversos, fuentes de sentimientos tan variados. Esto pudo suceder sólo porque reconocieron alguna similitud conceptual en todos estos casos, pues todos son manifestaciones de adecuación, aptitud o armonía. Si eliminamos esta relación esencial, estos casos de lo bueno no contendrían ya propiedad alguna en común que los vinculara en una unidad conceptual y les diera un nombre común. Si se objetara que la misma rapidez con la que a menudo aplicamos la palabra "bueno" a un objeto o situación muestra que es una cualidad tan simple v fácilmente reconocida como un color o un sabor familiar, le rogaría al lector recordar qué tan rápido decide si un acto cualquiera es justo, o si algún acto contemplado es imposible; sin embargo, la justicia y la imposibilidad son nociones que involucran relaciones, al menos tan complejas como el carácter de lo bueno.

Así como la exultación de un científico que realiza un descubrimiento, en astronomía o química o biología, no es el descubrimiento mismo, la esencia de lo bueno tampoco es el tono afectivo que suscita una experiencia particular de lo bueno. El descubrimiento puede comunicarse sin dificultad a todos los colegas competentes, pero el regocijo que lo acompañó es único y no puede analizarse, pues posiblemente nadie ha experi-

mentado jamás ese matiz particular de sentimiento. Si lo bueno no fuera una relación o un sistema de relaciones que puede ser analizado y convertido en tema de un discurso inteligible, el estudio de la ética perdería mucho de su valor.

Sin un concepto y definición de lo bueno, que implica a su vez un concepto v definición de su opuesto, lo malo o la maldad, sólo podríamos saber si una acción u objeto particular es bueno o malo mediante una experiencia directa de ellos. así como sólo podemos conocer el sabor del azúcar probándola o probando algo que la contenga. Sería inútil tratar de explicarle a alguien por qué debería evitar una maldad, pues sólo experimentándola podría comprender por qué debe esquivarla. Con esta limitación, la ética podría existir como reflexión sistematizada de experiencias pasadas, pero perdería casi toda su función reguladora para conducirnos hacia el bien y alejarnos del mal. La ética llega a ser una guía fructífera de la conducta en la medida en que reconozca que lo bueno y lo malo denotan relaciones que pueden ser analizadas y comunicadas, y que no son nociones últimas que sólo podrían conocerse tal como son experimentadas. Por lo tanto, no podemos aceptar la opinión de Ruskin: "La razón sólo puede determinar lo que es verdadero; sólo la pasión humana, dada por Dios, puede reconocer lo que Dios ha hecho bueno."5 ¡Como si la razón no fuera ella misma una facultad "dada por Dios"!

3. La perfecta bondad

De esta forma, cuando se analiza adecuadamente, la palabra "bueno", así como "correcto", emerge de la nube de misterio con que la han rodeado algunos pensadores y llega a denotar una relación definida y comprensible. Cada experiencia particular de lo bueno está acompañada, como regla, por un matiz afectivo más o menos agradable; pero estos estados emocionales son de gran variedad; y alcanzamos la noción de lo bueno no tanto por tomarlos a ellos en consideración, sino a las situaciones que los producen. Ahora que conocemos el significado de "bueno", estamos preparados para abordar la pregunta: "¿Hay algo totalmente bueno?"

Llevo en mi bolsillo un reloj que, sin reparaciones, ha dado la hora con precisión durante muchos años. Naturalmente, lo llamo "un buen reloj". Incluso cuando lo considero de manera más general, ya no sólo en relación con mi necesidad de saber la hora sino en relación con todo lo que podría influir, no encuentro razón para limitar la fuerza del adjetivo "bueno" aplicado a él: no le hace daño a nada, no compite con nada, no usa ningún producto natural que podría necesitar otro ser. Este reloj es una entidad compuesta; consiste de resortes, ruedas dentadas, piñones, y otras partes metálicas que forman, todas juntas, una maquinaria compleja. Cada parte está delicadamente ajustada a otras que la rodean, y es la precisión de estos ajustes lo que hace bueno a un reloj. Estas partes, que juntas actúan tan armónicamente, pueden ser llamadas "buenas", pues esto es lo que gueremos decir con esa palabra. Sin embargo, las ruedas y otras partes móviles no se mueven completamente sin fricción, la cual, a lo largo del tiempo, las desgastará, arruinando el reloj. Por lo tanto, la armonía entre las partes no es perfecta, pues en su interacción se hacen daño mutuamente, y no pueden ser totalmente buenas. Si fueran perfectamente buenas, el reloj jamás dejaría de funcionar.

Esta consideración de la bondad de un reloj puede parecer un ejercicio improductivo, carente de significado ético; sin embargo, tiene la ventaja de mostrar lo que, precisamente, queremos decir con "bueno", sin apelar a un ejemplo que, al excitar nuestras emociones, oscureciera nuestra claridad conceptual. En lugar de algo pequeño podríamos haber tomado como ejemplo algo muy grande, como el sistema solar, donde el sol, los planetas y sus satélites se mueven sin cesar en un equilibrio tan fino que continúan por miles y millones de años sin colisionar y sin destruirse entre sí. Por tanto, cada uno de estos cuerpos celestes es un buen vecino para los otros, a pesar de toda la rivalidad y toda la maldad que puedan existir en algunos de ellos. Sin embargo, como la fuerza gravitacional de unos sobre otros provoca mareas cuya fricción gradualmente retarda la rotación de cada uno, sí parecen afectarse entre ellos adversamente, de modo que su bondad no alcanza la perfección.

Cuando pasamos de la consideración de objetos inertes grandes o pequeños a la de los seres vivos, la cuestión de su bondad asume un aspecto más íntimo e importante. Podemos comenzar con las plantas, las cuales en algún sentido están entre los cuerpos inorgánicos y los animales. Difieren de los últimos en ser menos agresivas, sin jamás perseguir y destruir activamente a otros seres vivientes para alimentarse; aunque podemos exceptuar a esas rarezas botánicas, las plantas insectivoras y carnívoras, que seducen y atrapan a muchos animales minúsculos, cuyos cuerpos digieren. Numerosas formas parásitas de vegetación, tanto verdes como carentes de clorofila, atacan a otras plantas e incluso animales, ciertamente menos violentamente que como los animales se atacan entre sí, pero a menudo con resultados igualmente fatales. Estos vegetales heterotróficos obviamente no alcanzan una bondad perfecta, como tampoco las muchas enredaderas y trepadoras que se enroscan alrededor de, o atropellan a, plantas más fornidas en su esfuerzo por alcanzar la luz, a menudo estrangulando o ahogando los árboles y arbustos de los que se apoderan como sustento.

Se acercan mucho más a nuestro concepto de bondad la gran mayoría de formas vegetales que, enraizándose en la tierra y nutriéndose de sales minerales, agua y aire, utilizan la energía de la luz solar para sintetizarlos y formar compuestos orgánicos. Pero casi siempre, cuando los estudiamos con más cuidado, siguiendo su progreso desde la semilla hasta la madura planta floreciente, encontramos que no han crecido completamente sin competir y superar a otras plantas vecinas de la misma clase o de otras, que gracias a los accidentes en la dispersión de semillas han crecido muy cerca de ellas. Por lo tanto, también a estas plantas, quizá no por defectos propios, parece que algo les hace falta para llegar a la perfecta bondad. Pero por aquí y por allá, principalmente en áreas menos favorables para la vida vegetal, se puede encontrar una planta en cuya bondad es difícil detectar una falla: como una resistente hierba alpina creciendo sola en una grieta, en una roca donde no ha caído ninguna otra semilla, sin dañar nada y sin embargo añadiendo su pequeña y esplendorosa contribución a la belleza del despeñadero.

LO BUENO 191

Los animales violan más obviamente el concepto de bondad, pues ninguno puede vivir sin destrozar y devorar a otros seres organizados, va sean vegetales u otros animales, o bien agotando su fuerza cuando actúan como perniciosos parásitos. Los animales ambulatorios más grandes casi no pueden moverse sin aplastar el herbaje y las multitudes de criaturas diminutas que allí se arrastran; y todos compiten entre sí por espacio y alimentos como lo hacen las plantas, pero a menudo más violentamente. Además, luchan por parejas de una manera totalmente desconocida entre los vegetales, e incluso los herbívoros más mansos a veces exhiben en los combates con sus rivales una furia que nos deja pasmados. Por tanto, ninguno es totalmente bueno, pero aquellos que devoran únicamente vegetación parecen estar dotados por la naturaleza de una capacidad para la bondad ausente en aquellos que para alimentarse matan y mutilan a criaturas más similares a ellos; mientras que las clases más fieras, que destruyen seres vivientes que no necesitan para sustentar sus propias vidas, se quedan conspicuamente mucho más cortos de la bondad.

Ningún tipo de animal excepto los humanos es totalmente caprichoso en su comportamiento. Cada uno es dotado al nacer con instintos que regulan su conducta no sólo hacia otros individuos de su propia clase, sino también hacia aquellos de otras especies con los que habitualmente se encuentra. Estos patrones innatos de comportamiento tienden, en general, a promover la armonía dentro de la especie y a disminuir el conflicto entre las especies. En esto podemos reconocer una clase de moralidad o protomoralidad que impregna a todo el mundo viviente. Propiamente hablando, la moralidad sólo surge en animales capaces de prever las consecuencias de sus actos y de elegir deliberadamente entre cursos alternativos de acción, y lo hace sin duda mediante una transición gradual desde la protomoralidad que la antecedió. Al madurar, la consciencia moral crea por sí misma el ideal de bondad perfecta: llegar a estar perfectamente integrado en uno mismo y al mismo tiempo vivir en armonía con todas las cosas, sin dañar nada.

Pero este ideal es, como hemos visto, incapaz de ser realizado por animal alguno, y quizá por ninguna entidad material. ¿Acaso hemos definido, entonces, la bondad perfecta de manera tal que hemos hecho del concepto una abstracción inútil para la ética y para el práctico oficio de vivir? ¡Lejos de ello! Cada religión, cada filosofía activa, cada disciplina que durante un largo período se haya ganado la devota lealtad de muchas personas, ha cultivado un ideal que pocos o ninguno podía cumplir. Los estoicos no podían señalar a ningún sabio que satisficiera del todo su concepto del Hombre Sabio. ¿Cuál seguidor devoto de Cristo se atreve a llamarse a sí mismo un cristiano perfecto? ¿Cuál adepto del yoga se ha liberado completamente de las demandas y las incitaciones del cuerpo? ¿Cuál jainista siguió jamás al pie de la letra el precepto cardinal de su religión: no dañar a ninguna criatura viva? El valor principal de cada una de estas doctrinas es ofrecer un ideal hacia el cual podemos continuamente esforzarnos por llegar, y no una meta que fácilmente podamos exceder, privando con ello a nuestras vidas de su más alto propósito. La definición de bondad propuesta aquí, es adecuada para los propósitos de la moralidad precisamente porque hace de la bondad perfecta un ideal al cual lo más que podemos hacer es acercarnos asintóticamente. Más aún, dado que la armonía es tanto el fundamento de la felicidad como la condición de la bondad, y todos los valores surgen de ella así como todos los disvalores indican su fracaso, una ética basada en este concepto puede satisfacer esa sed de felicidad tanto como ese anhelo de virtud que, como señaló Lecky, son necesidades humanas que deben ser satisfechas por cualquier sistema vivo de ética.

Notas

- 1. H. J. Paton. *The Good Will: A study in the co-herence theory of goodness*. London: George Allen & Unwin, Ltd., 1927, Cap. VII.
- 2. Irwin Edman (editor). *The Philosophy of Schopenhauer*. New York: The Modern Library, 1928, p. 289.
 - 3. G. E. Moore. Principia Ethica, Cap. I, Nº 7.
 - 4. Spinoza, Ética, III Parte, Prop. XXXIX, nota.
 - 5. John Ruskin. Sesame and Lillies.